

# LA TESIS POLITICA EN LAS NOVELAS DE PEREDA\*

por JOSE F. ACEDO CASTILLA

Pereda fue el prototipo del realismo sano y vigoroso, el mejor paisajista de nuestra literatura, el maestro de la novela de costumbres, como lo llamó Menéndez Pelayo<sup>1</sup>.

Pereda que tuvo mucho de Cervantes, aunque también y en cierto modo fue el Zorrilla de la prosa, es uno de los escritores que más se han acercado al pueblo y a la médula nacional. De él dijo Galdós<sup>2</sup>, que fue un emancipador literario por excelencia, el escritor más revolucionario del siglo XIX. Si no poseyera otros títulos bastaría para poner su nombre en primera línea, la gran reforma que hizo introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolo con éste y concibiendo formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles.

Español y católico hasta las más hondas raíces de su ser, Pereda fue un escritor montañés<sup>3</sup> por excelencia, el poeta nativo de Cantabria —como le llamó Blanca de los Ríos—<sup>4</sup>, el genio animador de aquella región «donde todo es duro, áspero y brioso, donde la naturaleza —en frase feliz de Galdós— merece llamarse Naturaleza».

Pero Pereda no fue sólo un paisajista, el gran artista de la montaña, sino que fue también ocasionalmente político, testigo y actor de las

---

\* Disertación leída el 8 de marzo de 1991, con motivo de los 85 años de su muerte.

1. Marcelino Menéndez Pelayo. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Tomo VI. Edición Nacional, Obras Completas Santander, 1951, pág. 389.

2. Benito Pérez Galdós. *Prólogo a «El sabor de la terruca»*. Obras Completas de Pereda. Aguilar, 2ª edición, Madrid, 1940, pág. 867.

3. Menéndez Pelayo. *Ob. cit.*, pág. 375-675.

4. Blanca de los Ríos. *Pereda animador de Cantabria*. Apud. B.B.M.P., Santander. Enero-Marzo, 1933, pág. 34.

luchas y avatares de su tiempo. Las ideas tradicionales fueron la clave de su credo político y social. Una inclinación natural, —escribe Van Hornes—<sup>5</sup> le llevó a la literatura como forma de expresión. Era inevitable por lo tanto, que sus escritos estuvieran influidos y dominados, por sus creencias profundísimamente arraigadas.

Cuando un autor tiene convicciones firmes, puede expresarlas de dos maneras: censurando lo que le desagrada y alabando lo que le gusta. Así ocurre con Pereda. Usa de todas las armas que tiene a su disposición para atacar las ideas que le son repulsivas: la burla, la ironía, la sátira, todas ellas armas legítimas para un novelista, que Pereda emplea con destreza mortífera, pues no en balde, —como observa José M<sup>a</sup> Cossío—<sup>6</sup>, no era un mero dilectante de la tradición, sino un militante de ella.

Pero la tradición no es para Pereda cosa de arqueología y de historia, sino algo vivo y actual. Enamorado férvido de la tradición de las Españas, fue el suyo un tradicionalismo rotundo, abierto y generoso, intransigente en los principios y transigente con las personas. Prueba de ello, fue por ejemplo, la firme amistad que le unió con Galdós desde la primera vez que se vieron uno y otro, cierto día del verano de 1871 en el vestíbulo de una fonda de Santander. «Hablando, hablando —decía Pereda a Clarín en carta que el famoso crítico asturiano reprodujo casi por entero en uno de sus folletos—<sup>7</sup> resultó que nos sabíamos mutuamente de memoria, y desde aquel punto quedó arraigada entre nosotros una amistad más que íntima fraternal, que por mi parte considero indestructible, cuando lejos de entibiarse con las enormes diferencias políticas y religiosas que nos dividen, más se encienden y estrechan a medida que pasan los años». Y por su parte Galdós<sup>8</sup> en la contestación al discurso de ingreso de Pereda en la Real Academia Española, se expresaba del siguiente tenor: «Cuando presentaba yo en mis novelas de los años 70 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo y a mi me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño entre los papeles de nuestra larga correspondencia sus acer-

5. John Van Horne. *La influencia de las ideas tradicionales en el Arte de Pereda*. Apud. B.B.M.P., Santander, Septiembre-Octubre 1919, pág. 260.

6. José M<sup>a</sup> de Cossío. *Estudio Preliminar a las Obras completas de José M<sup>a</sup> de Pereda*. Aguilar, segunda edición, Madrid, 1940, pág. XXIII.

7. Leopoldo Alas, «Clarín». *Benito Pérez Galdós*. Estudio Crítico biográfico. Madrid, 1889.

8. Benito Pérez Galdós. *Contestación al discurso de ingreso de José M<sup>a</sup> de Pereda en la Real Academia Española*. Apud, «Discursos en las recepciones públicas de la R.A.E.». Serie segunda, tomo IV, Madrid, 1948, pág. 382.

bas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba».

Consecuencia de su ideología política, fue su anticentralismo y por ende el sentimiento regionalista<sup>9</sup>, ya que para los tradicionalistas, el principio regionalista constituye, un principio básico de filosofía política para la organización del Estado.

Esta corriente mal interpretada, fue causa de que Pereda fuera considerado como un escritor limitado, como un huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, creado por aromáticas y salubres auras campestres pero de limitados horizontes según la Pardo Bazán<sup>10</sup>. Más esta interpretación, —como dice D. Francisco de Cossío—<sup>11</sup> implica una lamentable confusión, ya que «la universalidad no la dá el escenario, ni el idioma, sino el genio. Si tomamos una gran novela de Pereda, Sotileza, por ejemplo, advertiremos su carácter universal, no bien las pasiones juegan en el conflicto dramático y los héroes nos manifiestan, no más que su calidad de hombres. Porque las pasiones humanas no son ni pueden ser nunca locales. El amor, el odio, el sacrificio, la abnegación, el heroísmo, son cualidades de carácter universal, y para que tengan ese carácter no se necesita sino que el genio las interprete: el escenario y el idioma poco importan. Para la exaltación de Romeo y Julieta ¿qué importancia tiene Verona?



La vida de Pereda discurre íntima y sencillamente en el noble solar de la Montaña. Nacido en Polanco el 6 de febrero de 1833 es el menor de los veintiún hijos habidos del matrimonio de D. Juan Francisco de Pereda Fernández de Haro y Dña. Bárbara Sánchez y Fernández de Castro, ambos de familia hidalga y católicos practicantes a machamartillo. La influencia de la madre dejó en él huellas imborrables. Verdadera mujer fuerte, dotada de gran talento y cultura, a ella debe Pereda —como escribe el Padre Legísimo—<sup>12</sup> su carácter entero, su

9. El regionalismo de Pereda, quedó perfectamente matizado en su *discurso en los Juegos Florales de Barcelona* de 8 de Mayo de 1892, de los que fue mantenedor y en el de *ingreso en la Real Academia Española*, el 21 de Febrero de 1897 sobre «La novela regional».

10. Emilia Pardo Bazán. *La cuestión palpitante*. Ediciones Anaya. Salamanca, 1970, segunda edición, pág. 173.

11. Francisco de Cossío. *Universalidad y regionalismo en la Obra de Pereda*. Conferencia leída en el Ateneo de Santander. Apud. B.B.M.P., Santander, Octubre-Diciembre 1933, nº 4, pág. 399.

12. Fray Juan R. de Legísima. *El hidalgo cristiano. Ideas religiosas de Pereda*. Apud. B.B.M.P., Santander, Enero-Marzo 1933, nº 1, pág. 122.

cristianismo sin doblez, su pasión por la naturaleza, su rectitud sin mengua, su sencillez sin pliegues y hasta el pensamiento de la muerte, tan familiar en él, tiene su origen sin duda en aquel rasgo singular de su madre, cuando asiste sola, en el convento dominico de las Caldas de Besaya, —al que iba todos los años para hacer ejercicios—, a su propio funeral, como Carlos V.

Para Enrique Sánchez Reyes<sup>13</sup>, el bosquejo de la fisonomía moral de su madre nos lo dejó Pereda en aquella Magdalena, hija del noble señor Pérez de la Llosia «alegre a ratos, a ratos no tan alegre; afecta a su pueblo, pero no tanto que no hubiera oído con mucho gusto de los labios de D. Román, que pensaba trasladar sus penotes a la ciudad; piadosa sin gazmoñerías, caritativa sin tasa, creyente a puño cerrado, de alma sencilla y recta, más dada a la amena literatura que a meterse en nebulosas metafísicas cuando se trataba de recrear el ánimo...». Y en la educación que su madre le había dado, pensaba seguramente Pereda cuando nos describe en «De tal palo tal astilla», la que la señora de Quincevilles dió a su hija.

En el Instituto de Santander, cursó Pereda la segunda enseñanza, de cuya época nos da numerosos referencias en sus artículos «Reminiscencias» y «El primer sombrero», ambos insertos en «Esbozos y rasguños».

Habiendo decidido la familia que fuera artillero, en 1852 marchó a Madrid para preparar el ingreso. Pero no teniendo afición a la carrera, se distraía en la corte asistiendo a los teatros y al café de la Esmeralda, aplicándose a la lectura de novelas mucho más que al estudio del álgebra, ya que —como dice por boca de Angel en *La Montálvez*—<sup>14</sup> «fue siempre un enigma indescifrable para él, la convenida claridad de las matemáticas».

Todas las obras que leyó o vió representar en esta época y que tanto contribuyeron a su formación literaria, los sucesos que presenció, sus amigos de la juventud, sus costumbres, el modo de ser de Madrid hacia 1854, nos lo describe en «Pedro Sánchez». Para darle interés a estos retazos autobiográficos, el autor hace de su protagonista un joven ambicioso que llega a Madrid bajo la creencia de que Valenzuela, político trapisondista de segunda fila, le protegerá. Al ver burladas sus esperanzas, estimulado por el odio a Valenzuela, se hace progresista, escribe, perora y al fin es caudillo de las oleadas de paisanajes en las

13. Enrique Sánchez Reyes. *Las mujeres en la Obra de Pereda y su madre*. Apud. B.B.M.P. Santander, Enero-Marzo 1933, pág. 158-59.

14. José M<sup>o</sup> de Pereda. *La Montalvez*. Obras completas, cit., pág. 1.240.

barricadas de la revolución del 54. Sube con los vencedores y hasta logra la mano de Clara Valenzuela; mas herido por ésta en su honor de marido y caído Espartero, se retira asqueado de los hombres y de la política al rincón de su Montaña.

A mi entender, «Pedro Sánchez» no es rigurosamente una novela política, sino el relato de un hecho histórico que Pereda presenció, y que trajo consigo consecuencias políticas. Buena prueba de ello es como el protagonista no defiende ideas, ni traza planes, ni toma parte en la intriga fundamental de aquella revolución; movido por las circunstancias, se ve inmerso en ella y es arrastrado por la corriente. Así, en las escenas de sangre y de incendio, se duele de tanto horror, por sentimientos artísticos y humanitarios y procura como puede, disminuir lo salvaje del atropello. Vencedor, tiene por mentecatos a los propios convencedores y nos describe la reunión que él domesticó en el Círculo progresista, burlándose de aquellos ambiciosos desenfundados<sup>15</sup>.

Pero junto a los datos autobiográficos y la descripción de la revolución que subsiguio a la Vicalvarada y que, en contra de las previsiones de O'Donnell, fue determinante del retorno de Espartero, se contiene en la obra un detenido estudio sobre los desdichados garabatos que pasaban con el nombre de novelas de costumbres, pese a los denodados esfuerzos de Fernán Caballero y otros para introducir un sano método realista, en lugar del romanticismo desenfundado y la imitación de autores extranjeros que constituían la existencia en almacén, de las novelas populares.

La revolución del 54, arrojó a Pereda a la Montaña, en la que se consagra a la literatura, escribiendo en «La abeja» y en el «Tío Cayetano» artículos de crítica literaria y de costumbres que años más tarde debían constituir el núcleo de «Escenas montañesas». De esta época data la íntima amistad que tuvieron siempre los Peredas y los Menéndez. Aludiendo a estas relaciones familiares, Don Marcelino, que según su propia confesión aprendió a leer en «Escenas Montañesas», en 1876, llama a Pereda «amigo de los de mi casa antes de que yo naciera», y con frases más gráficas «amigos de los de mi sangre» —en otra ocasión solemne—<sup>16</sup>. Es por ello por lo que Menéndez Pelayo llama a Pereda, Don José y siempre de Vd., mientras éste le tutea, le manda cariñosa y paternalmente, encomendándolo mil

15. José M<sup>o</sup> de Pereda. *Pedro Sánchez*, Obras completas, cit. pág. 1530-31.

16. Marcelino Menéndez Pelayo. *Discurso en la inauguración de un monumento a Don José M<sup>o</sup> de Pereda*. Apud. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Ob. cit., tomo VI, pág. 397.

pejigueras en la Corte; ya la pronta impresión de sus novelas, ya recomendaciones para amigos, para que le hagan el camino de Polanco a la estación o bien la restauración del templo de su pueblo, etc., etc. Pero —como dice M<sup>a</sup> Fernanda Pereda y Sánchez Reyes<sup>17</sup>, a su querido D. Pepe ¿qué le va a negar? «Cualquier recomendación de Vd. — le escribe D. Marcelino en una de sus cartas<sup>18</sup>, es para mí atendible en primer grado». Y de esta suerte, él va personalmente a visitar a los editores, recomienda en los Tribunales de cátedra, presiona a los ministerios y acude hasta a la misma Reina Regente, cuando el caso grave lo requiere.

Las alegrías y las tristezas de sus hogares, los triunfos y las desilusiones fuera de ellos, todo lo comparten, todo lo celebran y lo lamentan juntos. Desde que Pereda concibe una idea y los personajes de la fábula comienzan a bailar en su cerebro<sup>19</sup>, lo va comunicando a D. Marcelino, y cuando la obra surge, éste le apadrina y saluda gozoso desde las columnas de «La Ilustración Española» o de la «Epoca». Hay una sólo excepción: «La Montálvez», sobre la que no dijo nada ni en la prensa periódica ni en libro alguno, y en el Prólogo de las «Obras Completas» se conforma con una leve alusión a este libro de su amigo. Hasta en ésto experimentó Pereda —como destacan M<sup>a</sup> Fernanda Pereda y Enrique Sánchez Reyes— los desazones y disgustos, que le proporcionó esta novela, cuya polvareda no pasó a segundo término hasta que tres años después publicó el Padre Coloma «Pequeñeces» ya que ésta —aún estando muy por debajo— dió origen a más largas y empeñadas discusiones que la novela de Pereda<sup>20</sup>.



En 1864 recogió Pereda los artículos que había venido publicando en la prensa durante ocho años, en un volumen que tituló «Escenas Montañesas», la que a juicio de Menéndez Pelayo constituye lo más selecto de la obra de Pereda<sup>21</sup>. Allí quedan los primores de «La Robla» una de las páginas más hermosas de nuestra literatura del siglo XIX, compuesta en el marco de una feria montañesa; «El día cuatro de

17. María Fernanda de Pereda y Torres-Quevedo y Enrique Sánchez Reyes. *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Bol. de la B.M.P. Santander, 1953, n<sup>o</sup> 3 y 4, pág. 208.

18. *Ibidem*, pág. 358.

19. *Ibidem*, pág. 208-209.

20. *Ibidem*, pág. 210.

21. Marcelino Menéndez Pelayo. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Ob. cit., tomo VI, pág. 360.

Octubre» fecha en que se recoge el ganado que en las cabañas ha pasado el verano; «A las Indias», en la que se describe el afán de los jóvenes por marchar a América y el de los padres por proporcionarles los medios, así como la vuelta de la mayoría de ellos, completamente deshechos y derrotados; «El Raquero», «Arroz y gallo muerto», «El Jándalo», y «La leva», cuadro inmortal de costumbres de pescadores, que Menéndez Pelayo no se cansaba de citar, porque –según decía–, desde Cervantes acá, no se ha hecho ni remotamente un cuadro de costumbres por el estilo<sup>22</sup>.

Trueba, que por aquellos años estaba en el apogeo de su fama, fue el encargado de hacer el prólogo de las «Escenas Montañesas». Más dominado por los comunes prejuicios y asustado del realismo de aquellos cuadros, tildó a Pereda de fotografiar con marcada fruición lo mucho malo que la Montaña tiene como todos los pueblos. Esta imputación, repetida hasta la saciedad por otros críticos, motivó una rigurosa réplica de Pereda en el prólogo de «Tipos y paisajes»; pero como los lugares comunes traen aparejada larga vida, Pereda se quedó con el sambenito de «Gran fotógrafo» y de «Teniers español».

Con la serena perspectiva que da el paso del tiempo, D. Francisco de Cossío<sup>23</sup> ha señalado la injusticia de aquella calificación. «La retina, como el objetivo fotográfico –dice– capta imágenes, mas éstas no serían apenas nada, si no hubiese dentro un espíritu y en este caso, un artista. Pereda veía las cosas y las recreaba. Los paisajes de Pereda no son nunca una copia, sino una creación, lo que no excluye el valor plástico que les presta».

«La realidad –añade<sup>24</sup>, fue para Pereda como para el bailarín el suelo, no más que para apoyar en ella las puntas de los pies y tomar impulso para el salto. Unos girones de niebla, un barco en el mar, el ábrego haciendo temblar una ventana, la bola lanzada al aire por un buen jugador en un día de fiesta... son más que notas de la realidad vistas y transcritas, creaciones novelescas, puras invenciones, o si lo queréis mejor, poesía «El mismo dato geográfico es obra de su invención». Yo, –añade Cossío– que he hecho varias veces el mismo viaje de Marcelo en «Peñas Arriba», de Reinosa a Tudanca, y como él, en un caballejo y llevando de espolique al estribo al que hizo famoso el nombre de Pito Salces, tengo autoridad para decir hasta donde llegaba la fantasía de Pereda, pues este viaje no lo realizó él

22. *Ibidem*, pág. 359.

23. Francisco de Cossío. *Ob. cit.*, pág. 397.

24. *Ibidem*, pág. 402.

nunca en la vida, y en Tudanca no estuvo sino unas horas... Y si esta novela de la Montaña que puede contraponerse en vigor naturalista a «Sotileza», la novela del mar, la escribió Pereda de oídas, siendo una pura creación, cuanto más se aparta del modelo, más penetrantes son sus esencias novelescas».

A poco de publicar este libro, Pereda emprende un viaje a París, donde permaneció más de un año. Cuando regresa a Santander corre ya el año 68 y está en plena fiebre la revolución, que sus protagonistas llamaron «la gloriosa».

Ante los acontecimientos, que ésta trajo consigo, Pereda se siente soldado en el confuso tropel de revoluciones, prédicas impías y libelos antirreligiosos, la pluma se le antojó espada, látigo o lengua candente. En unión del grupo de amigos de siempre identificados en ideas, resucita «El Tío Cayetano», desde cuyas páginas arremete contra aquellos herejes y blasfemos, a los que pone en la picota del ridículo. Mantiene en el periódico una sección llamada «Espíritu de las Cortes», en la que fustiga con energía de anatema la labor parlamentaria de aquellas tormentosas asambleas y coopera a la fundación del Centro tradicionalista de la Montaña en el que destaca de tal manera, como que por su labor fue designado candidato por el distrito de Cabuérniga, en las elecciones para las primeras Cortes que convocara D. Amadeo.

Este experimento político, —escribe José M<sup>a</sup> de Cossío<sup>26</sup>, no fue infructuoso, pues aparte de remachar en Pereda su aversión por las instituciones liberales, —rasgo de los más acusados de su fisonomía—, le sirvió para escribir sus deliciosos, «Hombres de pro» y para depositar en su espíritu la simiente que había de fructificar en «Don Gonzalo» y culminar gloriosamente en «Peñas arriba».

«Hombres de Pro», es el valioso trofeo de la única campaña electoral y de la única ventura política de Pereda. Simón Cerojo y su mujer Juana, van a ser los héroes de la fábula; empiezan por abaceros de aldea; Simón quiere romper a volar porque él y su costilla se ahogan de ambición dentro del mugriento mostrador, donde lo mismo se sirve un vaso de vino aguado, como se da una póliza de crédito usuario. Cerojo con sus ahorrillos mejor o pero habidos, se marcha a la villa; al cabo de cierto tiempo llega a Santander, donde ya se llamó Simón C. de los Peñascales y era banquero y rico. Los vividores de la ciudad le rodean, le adulan, y le proponen que presentara su can-

25. *Ibidem*, pág. 401.

26. José M<sup>a</sup> de Cossío. *Ob. cit.*, pág. XIII.

didatura a diputado. El Sr. de Los Peñascales y su fatua mujer ven aquello como llovido del cielo.

Lo arduo —y esto es lo bueno de la novela— era recorrer el distrito. Se presentaba como candidato independiente y era menester ganarse la voluntad de todos. «En vano —escribe Pereda—<sup>27</sup> D. Simón saludaba hasta a los perros y mostraba varas de cadenas y adoquines de diamantes y se desgañitaba D. Celso para demostrar a las gentes rehacias con el recuerdo de muchas otras elecciones, en las que el poder oficial hace muchas ofertas y jamás las cumple, aunque consiga sus objetivos. Pero los jefes de los diversos grupos electorales preferían ser engañados sirviendo al gobierno, a ser servidos a medias por un charlatán, con el desacreditado título de candidato independiente».

Ante ello y puesto que en todas partes aparecían huellas de la *influencia moral del gobierno*, aquí ofreciendo un Juzgado de Primera Instancia, allá una carretera; en el otro pueblo la aprobación de sus cuentas municipales, en el del otro lado la tala de un monte y en el de enfrente el repartimiento entre los vecinos de ciertos terrenos propios, decidióse D. Simón a ser gubernamental, que era lo más conveniente, pues, bien mirado, el gobierno no era mejor que otros muy malos, pero tampoco el peor y, al cabo, para hacer algo por el país, mejor se estaba al calorcillo ministerial que en el infierno de la oposición o en el limbo de los independientes<sup>28</sup>.

Tras esta determinación mediaron negociaciones en ciertos centros oficiales y D. Simón fue admitido en ellos hasta con palio... Verificadas las elecciones se le proclamó diputado electo por el Distrito y se le entregó un acta que así lo declaraba «limpia como el oro»<sup>29</sup>.

Claro está que D. Simón usó de su investidura para saciar la vanidad de D<sup>a</sup> Juana; fue explotado por todos, que le sacaron sus dineros, un gacetillero ministerial le dejó sin hija; el Ministro de Hacienda casi le dejó sin la suya, hasta que maltrecho y hastiado se volvió a Santander, para intentar levantar el edificio de sus negocios, que comenzaban a desmoronarse.

Evidentemente esta obra no es un reflejo de la experiencia vivida por Pereda en las Cortes amadeistas, ni D. Simón fue uno de los verdaderos «hombres de pro» que bullían en los puestos de influjo alrededor del trono. Se trata de una sátira del sufragio universal, una muestra de lo que son por dentro los mecanismos electorales y el sistema partidocrático.

27. José M<sup>o</sup> de Pereda. *Los hombres de pro*. Obras completas, cit. pág. 511.

28. *Ibidem*, pág. 512.

29. *Ibidem*, id.

Pero el carácter batallador de Pereda no podía contentarse con esto. El quiere enfrentarse abiertamente con la revolución, minarla en sus cimientos y poner al descubierto la parte de ridículo que tuvo «La gloriosa». A este fin responde «Don Gonzalo González de la Gonzalera».

La acción se desarrolla en Coteruco, pueblo ideal de la geografía perediana donde las gentes viven en paz y tranquilidad bajo la protección del buen párroco D. Frutos y de D. Román Pérez de Llosia, señor rico, franco y campechano sin alardes, de muy buen sentido y recta intención, que beneficia a su aldea, dándole excelentes ejemplos de moral doméstica, regulándoles el trabajo con útiles progresos, pero queriéndoles tener lejos, muy lejos de la política, ya que para él, «llevar la política a una aldea, equivalía a encerrar una víbora en un nido de palomas»<sup>30</sup>. Pero lo temido llegó. El arbitrante Patricio Rigüelta, el mejor tipo de Pereda —según M. Pelayo—<sup>31</sup>, verdadero héroe y rueda principal de la novela, dejando muy en segundo lugar al indianete que le da nombre, en unión a Lucas, estudiante díscolo y revoltoso, que es cojo por más señas, se introducen en la cocina de D. Román, promoviendo primero la discusión, luego la discordia, después la taberna, donde el cojo hace discursos pomposos y altisonantes, remedando los que había oído en Madrid, desacreditando al cura y a D. Román (el confesionario y el feudalismo)<sup>32</sup> y aquello en pocos días cambia de aspecto. Una pedrea a don Frutos<sup>33</sup> y una algarada contra la casa de D. Román<sup>34</sup>, es el anuncio de que la revolución había llegado.

Había en la aldea un memo de remate, envidiosísimo de D. Román, rascaboñigas cuando chiquillo, indiano y acaudalado; D. Gonzalo González de la Gonzalera y a este escogieron Lucas y Rigüelta para Alcalde Popular. Dueños del poder, prenden a D. Román en nombre de la patria y de la libertad, y le conducen a la ciudad. En este momento surge el gran carácter, no el de D. Román, sino el de D. Lope de Robledal. Este caballero hastiado, oprimido por desgracias y excéptico de los remedios morales y agrícolas de D. Román, vivía aislado, consumiendo un gran carácter en aparentes hurañerías y soledades. Mas al ser atropellada la justicia en D. Román, aquél león sacude la melena; arrolla a los enemigos, va a la ciudad, le arranca de

30. José M<sup>o</sup> de Pereda. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Ob. completas, cit. pág. 637.

31. Marcelino Menéndez Pelayo. *Ob. cit.*, pág. 365.

32. José M<sup>o</sup> de Pereda. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Ob. cit., pág. 686.

33. *Ibidem*, pág. 687.

34. *Ibidem*, pág. 697-98.

las garras de aquellos monigotes disfrazados de milicianos, y vuelve a Coteruco sin querer una palabra de gratitud a montarse otra vez, taciturno e indiferente en la peña pelada que recibió el nombre de «el potro de D. Lope». D. Román se decide a marcharse de Coteruco y dejarla en poder de D. Gonzalo.

D. Gonzalo —como dice José M<sup>a</sup> de Cossio—<sup>35</sup>, no es una sátira política, sino una caricatura de la revolución, y como buena caricatura con un gran fondo de verdad humana, reducido a la escala de un pueblecito montañoso en el que late todos los tópicos, crueldades, bellaquerías y ridiculeces de las revoluciones en grande...

Una novela con tal tesis y en especial con el manifiesto electoral de Patricio Rigüelta, necesariamente hubo de apasionar como tema de polémica nacional, ya que el ambiente estaba propicio para ello. Habían pasado los años de euforia de la restauración y el país se debatía en una grave crisis política y social.

Ante esta situación, personalidades de la derecha que se habían distanciado de Cánovas a partir de la discusión y aprobación del artículo 11 de la Constitución, entendieran que gustara o no gustase, no había más camino que el de apoyarle en evitación de males mayores. Así por ejemplo, Pidal que le había combatido tan duramente, llegando incluso a decirle en las Cortes «que él prefería al asesino que hunde el puñal en el costado de la víctima que no al médico que se sienta en la cabecera del enfermo para evitar su convalecencia»<sup>36</sup> cambiando radicalmente de rumbo, aboga ahora por la colaboración, formulando en tal sentido su conocido llamamiento a las honradas masas carlistas, a las que ofrece el lema «pensar lo que se deba y hacer lo que se pueda».

Frente al colaboracionismo de Pidal, Nocedal levanta la bandera de «todo o nada», iniciándose con ello, una dura lucha entre los católicos españoles divididos en puros o íntegros y en colaboracionistas, llamados también mestizos o reconocementeros.

Menéndez Pelayo, no obstante sus diferencias con Pidal, se adscribió a este grupo, ya que —como escribe a Morel Fatio—<sup>37</sup> en aquellas circunstancias, «sólo dentro del partido conservador que Cánovas representa es como se puede defender los principios fundamentales de la tradición política española, sin exageraciones absurdas, fantásticas e imposibles».

35. *Ibidem*, pág. 749.

36. Alejandro Pidal. *Discurso en el Congreso de 5 de Abril de 1876*. Cit. por José M<sup>a</sup> Escudero en «De Cánovas a la República». Ediciones Rialp, segunda edición, Madrid, 1953.

37. *Epistolario Morel Fatio-Menéndez Pelayo*. B.B.M.P., Santander, 1952, pág. 295 y sig.

Esto explica, que el mismo D. Marcelino fuera quien pudiese y consiguiera de Pereda que por no crear más complicaciones al Gobierno y tener roces con los que como Sagasta, Romero Girón, Martos, Canalejas Ruiz Zorrillas y otros, que procediendo de la septembrina y habiendo desempeñado cargos nacionales de primera fila en el intermedio, habían entrado ahora en el campo de la restauración, en ediciones posteriores limara algunos conceptos del D. Gonzalo y suprimiese por supuesto el «Manifiesto electoral de Patricio Rigüelta», graciosísimo documento que hacía desternillarse de risa al cura D. Frutos a medida que lo iba leyendo y del que el propio Pereda debía estar muy satisfecho, pues según se lee en las ediciones mutiladas, «no se había visto ni se verá en su género obra más acabada, ni con más fuerza ni colorido local»<sup>38</sup>.

Como la primera edición, única en que se incluye la proclama es de 1879 y fue de reducidos ejemplares, en 1952, Luis Escalante<sup>39</sup> en un primoroso artículo lo sacó de nuevo a la luz, la cual copiada literalmente dice así:

«DON PATRICIO RIGUELTA, natural de estos reinos nacionales y sus islas contingentes; mayor de edad; examinado de sus infancias en ortografía gramatical y cuentas hasta partir por entero; de profesión albitrante, con otras industrias saludables; hoy día pudiente y de arraigo; Capitán de las fuerzas populares y Teniente de Alcalde de este pueblo,

#### A TODO EL ORBE TERRAQUEO DE LA PROVINCIA

DIGO: Que me ofrezco a ir, por mí y ante mí, según mis peculios y sin sutipendio de tanto más cuanto, a las Cortes del Congreso, por sufragio liberal, al resultante de lo que estipulo al alce y continuación:

Soy liberal desde mis tiernas infancias; nunca aprendí en la escuela catecismo, y por no comulgar en Pascua Florida, me anunciaron, con otros fieles, a la puerta de la Iglesia nueve años relativos en los tiempos inominiosos de los servilones amoderados y otros a igual perpetuo; han llovido sobre mis costillas horror de golpes de la autoridad por pronunciamiento contra el mandato constituido, no según mis inclinaciones, y no ha sido quién, ningún alcalde servil para sacarme un real de impuesto, que he sido el primero en pagar cuando han imperado los de nosotros.

38. José M<sup>o</sup> de Pereda. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Ob. cit., pág. 739.

39. Luis de Escalante. *El manifiesto electoral de Patricio Rigüelta*. B.B.M.P. Santander, 1952, nº 1 y 2, pág. 99.

Así soy por lo que toca a endonantes; y a la vista está lo que soy de presente. ¡Que hable Coteruco por mí; que se diga quien ha hecho otro tanto en el redondel del Valle por la causa de la libertad...! ¡Viva la libertad! ¡Que se diga quien lleva la voz y por qué la lleva en juntas revolucionarias, ayuntamiento popular y batallón de voluntarios y hasta en el mismo Clus, si a mano viene, y quién echó a punta piés la tiranía de aquí y trajo todos esos amanículos de la libertad! ¡Viva la Libertad! ¡Que salgan al frente esos otros candidatos que han de hacerme la guerra y no tienen el orbe del distrito el valor de dos alfileres, ni el arraigo personal! ¡Que representen su porqué como yo presento el mío...!

Pues évate para el día de mañana: si por los sufragios que me deis llego a entrar en las Cortes, por daros gusto votaré yo hasta lo imposible. Por supuesto, nada de quintas, nada de curas, nada de Papa, nada de Rey, nada de enseñanza, nada de moralización, nada de hipotecas, nada de comercio, nada de trabajo, nada de garrote vil y nada de contribución. ¡Abajo con ello! y ¡Viva la Libertad! El que sea más listo que más agarre y buen provecho le haga, que por eso los dedos de la mano no son iguales.

Item. Me comprometo a no pedir sustipendios nacionales, si no es para los liberales de esta vecindad y otros que me voten con el sufragio; pues bien se lo merecen si triunfamos.

Item. A la vera del Gobierno seré un procurador costante de todo el redondel de la provincia, y esto no es decir en vano para los que saben bien lo que soy yo tocante a emportuno y osequioso.

Item. Soy recio de voz, resisto hora y media en puro grito y sé de memoria dos pedriques liberales que no tienen vuelta, aunque les haga contra el sécula infinito.

Item. Y finalmente. Por todos estos trabajos no admitiré sustipendio de arancel, sino lo que buenamente quiera gratificar la fineza de los interesados.

¿Vos convengo así? Pues, en otro caso, pedir sin cortedad, que yo a todo me allano. Y si no vos satisfacen promesas, también me comprometo a firmar un papel en que consten las mías, y a comérmelo en el día de mañana si falto a ellas. En todas las maneras, no vos acelereis, y si fijaros bien en lo que semos unos y otros. Con hombres como yo triunfaremos; con los otros nos perdimos.

Al consiguiente de ello quiero que conste, y así lo firmo en esta fecha, presente al secretario letrado, hijo mío, que dá fé si hace falta.

Coteruco de la Libertad, Diciembre de 1868.

PATRICIO RIGUELTA».

\* \* \*

La marejada política y religiosa que trajo consigo la revolución del 68, hubo de dejar su influjo en el campo de las letras. Campoamor hegeliza en prosa y sensualizaba en versos: Núñez de Arce se retorció en los brazos de sus dudas y se desesperaba porque la revolución no había surgido tan utópica como él se la figuraba; Valera lanza el «Comendador Mendoza», en la que aparece un padre Jacinto, mediador de amores y amoríos que no le va bien a sus hábitos. Pero quién simboliza la novela heterodoxa por excelencia es Pérez Galdós. El novelista descriptivo de los Episodios Nacionales, el cantor del heroísmo de Zaragoza y Gerona, entra de lleno —como escribe Pereda a Menéndez Pelayo—<sup>40</sup> en el lodazal de la novela volteriana en su preciosa novela «Gloria», en la que pretende probar como los católicos españoles o son hipócritas o fanáticos y que para regenerar nuestro sentido moral es preciso hacernos protestantes o judíos. Para ello pinta a un obispo casi bobo, un cura bárbaro y desalentado, un neo hipócrita, un señor que cree sin razón ni convencimiento y una joven librepensadora y cursi que ha leído La Celestina, discute sobre la existencia del Purgatorio y del Infierno para caer luego en brazos del primer judío que se le pone por delante y que por descontado es prototipo de nobleza, honradez y distinción, y no un hipócrita, ni uno de estos traidores de melodramas, que es lo que representan esos tuanantes cristianos en esta obra, en «la familia de León Roch» y sobre todo en «D<sup>a</sup> Perfecta».

Pereda se apresuró a escribir a Galdós<sup>41</sup> fijando su posición en el tema planteado. Del contenido de sus objeciones a la novela galdosiana, nació el proyecto de desarrollar él la misma idea de Gal-

40. María Fernanda Pereda y Enrique Sánchez Reyes. *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Ob. Cit., pág. 221.

41. Las cartas de Pereda a Galdós con motivo de la publicación de Gloria, se conservan autógrafas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Dos de ellas, en las que se traza incidentalmente el carácter de la heroína que había de contraponer a la galdosiana, las reproduce José M<sup>o</sup> de Cossío a su libro *La obra literaria de Pereda, su historia y su crítica*. Publicaciones de la sociedad Menéndez Pelayo. Imprenta Martínez, Santander, 1934, pág. 130-151.

dós, hasta su desenlace, con un criterio estrictamente católico. Así nació *De tal palo tal astilla*, título que según Cossío<sup>42</sup>, pudo tomarlo Pereda de una zarzuela totalmente olvidada de Selgas, que fue representada en Santander en 1866.

Su tesis es la necesidad de creencias católicas, y una exposición de los males del libre pensamiento y del ateísmo. Para quienes no tienen consuelo espiritual en las desgracias, los desengaños temporales pueden significar y significan la desesperación o el suicidio. En servicio de esta idea, nos presenta a la protagonista Agueda, profundamente cristiana y fervorosa católica, enamorada de Fernando Peñarrubio, médico íncrobulo, hijo de otro tal, que vive en las inmediaciones de Valdencinas, su pueblo. Su madre en vida y al morir se ha opuesto a estos amores. Fernando por su parte que también ama a Agueda, lucha con su incredulidad y con la de su padre, y al fin se hallan frente a frente Agueda y Fernando. Es lo mejor y lo que más corresponde al fondo religioso y a la intriga de la novela. Agueda, entre razones y afectos, resiste heroicamente a dar su consentimiento; hasta que al fin Fernando accede a instruirse en la religión con el sencillo párroco de aquella aldea. Mas no fue posible: una habladuría popular de que Fernando buscaba el caudal de Agueda, bastó para que el orgulloso ateo se desesperase y pusiera con un par de tiros, fin a la novela y a sus días.

Esta novela es quizás la menos realista de Pereda, ya que se trata de un libro de tesis, en el que se plantea por medio de una fábula un problema religioso, que el autor resuelve atropelladamente, como si quisiera salir del atolladero, cortando el nudo en vez de desatarlo, lo que hace que la obra —artísticamente hablando— quede por debajo de su antagonista «Gloria».

Para Menéndez Pelayo<sup>43</sup> «De tal palo tal astilla», es un libro sin unción y sin nervio, en el que lo menos afortunado es el carácter estoico de la heroína. Y sin embargo —añade—<sup>44</sup> el carácter de Agueda está bien concebido, pero ¡cuántos hermosos y trágicos efectos podía haber sacado el autor de la eterna lucha entre la pasión y la ley moral!

Y es que los tipos femeninos no se le daban a Pereda. Todas las mujeres que nos pinta parecen hermanas gemelas. Incluso las que más destacan, como «La Montálvez» y «Sotileza», —escribe Sánchez Re-

42. José M<sup>o</sup> de Cossío. *La obra literaria de Pereda*. Ob. Cit., pág. 155-57.

43. Marcelino Menéndez Pelayo. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Ob. cit., pág. 367.

44. *Ibidem*, pág. 368.

yes<sup>45</sup>, tienen más de hembras que de figuras delicadas de mujer: no son más que dos bravías; una en barrio de pescadores, otra entre la aristocracia madrileña. Y no digamos nada de los diálogos de amor de los que huye o trata con frialdad y despego. Sólo una vez —añade Sánchez Reyes— se deja llevar Pereda por la ternura y sensiblería amorosa, al pintarnos en la Montálvez, los inocentes amores de Luz y Angel, nuevos Pablo y Virginia, dignos de una estampa de Bernardino de Saint Pierre, pero que tanto se despegan de los tajantes y enérgicos rasgos, del autor de las grandes epopeyas del mar y de la montaña.

\* \* \*

Pereda al fin se encerró en su Montaña. Los amigos y en especial Menéndez Pelayo, le aconsejaban, por su gloria misma, a no salir de su huerto y a no hacer caso de los que encontraban limitados sus horizontes. Los mismos novelistas y poetas del bando contrario, mientras menospreciaban al escritor de batalla, levantaban muros de elogios al costumbrista y paisajista montañés. Pereda no pudo escapar a los impactos que estas alabanzas dejaban en su corazón y físicamente y más que física, literariamente, se encerró en su nido montañés. Ya nunca volverá a desarrollar novelas religiosas como «De tal palo tal astilla», novelas políticas como «Hombres de pro» y «Don Gonzalo»; autobiografías como «Pedro Sánchez» y puramente sociales como «La mujer del César», «Oros son triunfos», «El buey suelto», y sobre todo «La Montálvez».

En lo sucesivo sus novelas se limitarán a presentar el estado arcaico de la montaña, en la que el protagonista se dedica a mejorar la labranza, a ser padre de todos como si viviera en el más seguro y tranquilo de los mundos y olvidado de todo, se afana por llevar a las casonas montañesas el esplendor moderno, a los valles montañeses la agricultura moderna, a las costumbres montañesas una cultura moderna y corregir, sin mudar ni trastocar, las tradiciones patriarcales de la Montaña.

A este período corresponde «El sabor de la tierra», descripción idílica de la vida de aldea: «Pachín González», descripción vigorosa y realista de los estragos causados por la explosión de un barco en el puerto de Santander: «La Puchera», cuadro de costumbres de los ha-

---

45. Enríque Sánchez Reyes. *Las mujeres en la obra de Menéndez Pelayo y su madre*. Ob. Cit., pág. 165.

bitantes de una aldehuela cerca de la costa: «Sotileza», descomunal empresa de cantar en medio de estas generaciones descreídas e incoloras, las nobles virtudes, el mísero vivir, las grandes flaquezas, los épicos trabajos del valeroso y pintoresco mareante santanderino: y «Peñas arriba».

«Peñas arriba», es la epopeya de la montaña, es —como escribe Blanca de los Ríos<sup>46</sup>, la montaña misma con sus cumbres de vértigo, sus ingentes cresterías tocadas de nubes o nimbadas de hielos; sus perspectivas de celestes y violáceas vaguedades y magnitudes oceánicas; sus formidables trombas, bárbaras celliscas y asoladoras tempestades de nieve; sus hombres de indómita reciedumbre, capaces de correr impávidos por escalofriantes precipicios para asaltar en sus cavernas a los osos, luchar con ellos a brazo partido y vencerlos en luchas dignas de los semidioses de la fábula.

Y en medio de aquella brava naturaleza, entre aquellas gentes montaraces y sencillas, ábrese acogedora y amable la Casona de Tablanca, viejo nidial de tradiciones, donde al amor de la lumbreada de la cocinona se juntan en cristiana comunidad amos y criados en torno al entrañable patriarca *Don Celso*, el hidalgo de Tablanca, símbolo de los típicos señores rurales y aún ciudadanos de ayer, que sin degenerar ni aplebeyarse, se abrazaban al pueblo con la santa democracia de Cristo.

Para algunos críticos «Peñas Arriba» no es una novela, sino una tesis sociológica desarrollada en una obra que tiene la estructura de la novela. Así Mariano de Cavia en *El Liberal* de 31-1-95, decía: «en su jugosa entraña, en la tesis susodicha, hallará el lector atento: desde el *regionalismo tradicional*, hasta la *organización autonomista* de Pi y Margall; desde el patriarcado cristiano y *socialista* que predicaba «espiritualmente» el Conde León Tolstoy, hasta el *aristocratismo intelectual*, que prácticamente impuso en Inglaterra Randolph Churchill».

Pero estas cosas, de seguro no estaban en la imaginación de Pereda cuando concibió la novela. Lo que ocurrió fue, que durante el viaje electoral de 1871 del que dejó recuerdo indeleble en «Hombres de pro», se encuentra maravillosamente sorprendido como en lo menos accesible de la montaña, en esa región misteriosa que ensordece el Nansa y ensombra los picos más altos de la cordillera, existía un pueblo que inmune a toda influencia revolucionaria, con unas jerarquías creadas por el tiempo y consagradas por el mutuo cumplimiento

46. Blanca de los Ríos. *Ob. cit.*, pág. 35-36.

del deber, lograba un bienestar social sin envidias ni recelos. La dedicación del Señor de la Casona a los asuntos, preocupaciones y discordias de sus vecinos, era correspondida por éstos en el ofrecimiento de su afecto y sus servicios, no como prestaciones interesadas de unos y otros sino como actos funcionales de un organismo.

Tal es la tesis de la novela, trasunto de un hecho real observado y querido por Pereda, que encajaba perfectamente en su mentalidad tradicionalista, adornada con maravillosos cuadros de colorido sin igual, como el del Viatico a D. Celso, la visita al señor de la Torre de Provedaño, o cuando Marcelo y el espolique Chísco suben y suben, tras el cura de Tablenca hasta la peña elevadísima desde la cual se descubren la mole de Peña Sagra y los Pícos de Europa, las gargantas del Deva y la faja azul del mar de Cantabria. Y cuando roto, por el sol el velo de la niebla y el espectáculo pasmoso aparece con toda magestad y belleza, D. Sabas, el buen cura, alma bondadosa y sencilla, canta a Dios frente a la naturaleza, en aquel Benedicite que brota de sus labios como de los de un Profeta: *Excelsus super omnes gentes Dominus...* Pereda sintió aquí –según Blanca de los Ríos<sup>47</sup>, el escalofrío de la emoción suprema y no pudo menos de escribir que aquella invocación del cura «rayaba en lo sublime».

En «Peñas Arriba», Pereda se abrazó tan apretada y amorosamente con su montaña y con el alma española, que alcanzó a ser tanto novelista regional como de raza: novelista nacional.

---

47. *Ibidem*, id.